

abdominal en un enfermo de la beneficiencia domiciliaria, menu-
dear las visitas en un día para sorprender las primeras manifes-
taciones de la peritonitis. Fábregas era así; si bien no reglamen-
tario, médico de veras siempre.

Era decidir; sus chascarrillos, sus cuentos, relaciones estu-
pendas y viajes inverosímiles corrían de boca en boca, y de ahí
que su veracidad era puesta en tela de juicio. Yo, que me inclino
siempre más al espíritu que á la letra, declaro que era un soñador
despierto, ya platicando, ya recogido en la soledad, y así
probaré mi tema. Entre las hipérboles y los cuentos flotaba siem-
pre su aplicación médica.

Un día se le antojaba decir que su bodega contenía centena-
res de botellas del mejor Burdeos y docenas de Champagnes
legítimas, y que poseía una colección de bastones de inaprecia-
ble valor. ¿Y sabéis lo que se encontraba en su casa? modestia
en los muebles, carencia de vinos superiores, pero esto sí, había
algo mejor ó algo médico; un cuarto de consultas con exce-
lentes instrumentos y aparatos que cada día aumentaba á
pesar de su escasez de recursos, obras magistrales de Medi-
cina.... Y es natural, Fábregas era siempre el mismo, única-
mente médico.

Hagamos gracia al fecundo é inagotable contador de las
relaciones de sus viajes fantásticos ó no á países lejanos, de su
asistencia á las clínicas de afamados especialistas, del pasmo
de éstos al presentarse el joven médico español y de sus temo-
res ante la posibilidad de que el fantástico viajero se instalara
en la capital en detrimento seguro de su fama y ganancias.
Hagamos gracia al contador y al viajero; el viaje no era más
que un exordio poético para venir á parar á una tesis: combatir
una opinión emitida sobre un punto patológico por aquéllas emi-
nencias. La fantasía de Fábregas siempre se trocaba al fin en la
realidad médica.

Si bien, hora es ya de terminar estos apuntes y poner fin á
estos sueños, sería imperdonable olvidarnos á Fábregas soñando,
no en sabrosas pláticas, sino recogido y solitario, lápiz en mano.
En el último año de su vida, como médico del Municipio, su hora
de guardia era de nueve á once de la noche en el dispensario de
la Barceloneta, sitio alejado en el barrio marítimo y en aquellas
horas, sin comunicación de tranvías con la plaza de Palacio; á
pie y sin encontrar apenas viandante alguno, debía pasar todo el
camino, y con lluvias torrenciales, y con vientos huracanados y
azotado por el péfido levante, sobre pavimentos inundados á ve-
ces y con la menor cantidad de luz posible. Dispensario estrecho,
mezquino y sombrío, tumba de mozos y más mozos y engendra-
dora de enfermedades graves para los médicos; en aquellas horas
los accidentes son raros, escasos los enfermos que acuden y libre
de contertulianos. El médico se encuentra sólo y aislado.

¿Qué hará nuestro malogrado amigo en aquellas tristes y